



Retiro - Octubre 2021

Tema 1 - Apertura al Espíritu Santo y docilidad a sus impulsos

Ya que la vida nos exige constantemente decisiones, no nos queda más remedio que vivir no solamente en constante revisión de estas, sino también de los criterios que nos están moviendo a ellas. Con más motivo cuando la línea entre elegir bien y mal es cada vez más fina y nos movemos – paradójicamente- en un mundo en el que a pesar del rechazo a la fe cada vez estamos más habituados a responder y justificar nuestras decisiones como iluminadas por Dios. La caridad apremia todas nuestras decisiones y solamente si estamos en profunda comunión con el Espíritu del amor de Dios, ese amor decide con verdad y decisión, más aún, nos remueve cuando sabemos que no lo hemos hecho como debíamos. Por eso, podemos decir que el Espíritu de Dios viene a poner orden en nuestro corazón y en nuestra vida. Le solemos atribuir una forma de actuar impetuosa, pero nunca “desordenante”: no todo lo que llega a nosotros de repente es del Espíritu Santo, a menudo es más propio del Espíritu lo que un día, y otro, y otro, lo toca suavemente.

Así, la constancia es una preciosa característica propia de Dios: no sólo lo que surge es cosa de Dios, lo creado, también lo es lo que encuentra un camino por el que avanzar, lo que sostiene nuestro día. Un modelo de la forma de actuar de Dios es el que la Iglesia aprende de la liturgia: lo repetitivo, lo constante, no lo que es fugaz, sino lo que viene al corazón para construir y quedarse. El Espíritu de Dios necesita de la constancia del hombre para asentar los cambios propios de la conversión, de tal forma que la docilidad del hombre toma la forma de acogida constante y paciente, frente a la tentación habitual de innovar, andar cambiando, especialmente en las dificultades. En esa constancia, el Espíritu ilumina a nuestro corazón con aquello que necesita para queelijamos y obremos bien. Supera la capa superficial de nuestras apetencias y gustos para ir a lo que es bueno para el interior, para el hombre entero y su conciencia.

¿Cuál es mi actitud ante la acción del Espíritu? ¿Tengo por costumbre esperar que Dios me dé lo que quiero o me pongo cada día ante Él con indiferencia ignaciana? ¿Me dejo llevar por lo primero que se me pasa por la cabeza y se lo atribuyo a Dios? ¿Soy paciente, dejo que el Espíritu vaya haciendo en mi corazón, o mi docilidad siempre se ve - sospechosamente- recompensada con lo que yo espero?

Así, podemos pararnos un momento con un primer enemigo de esa docilidad ante la acción del Espíritu Santo, que es el racionalismo con el que afrontamos a menudo nuestra relación con Dios. En ocasiones, tendemos a llenar de razones una decisión que tenemos que tomar para que estas nos tranquilicen y reafirmen en lo que pensamos, se convierten en las grandes defensoras de nuestra zona de confort, donde, más o menos bien, nos encontramos. El papa Francisco habla en la carta *Gaudete et exsultate* sobre el peligro de un gnosticismo que acecha al cristiano que busca la santidad, como si en todas nuestras inteligencias y argumentos estuviera nuestra tranquilidad, nuestra “paz”. Hasta cuando nos gustan las cosas que pasan, el hombre vive aceptando constantemente cargar con una cruz que significa ausencia de dominio, confiarse a la fuerza y al poder de Dios que, misteriosamente, se revela en el día a día. Todas las razones del mundo pueden encajar en algo, y no ser lo que Dios espera para nosotros. Está bien emplear el saber y la inteligencia que hemos trabajado en la vida y que Dios nos ha concedido, pero hemos de estar siempre disponibles a caminar otra milla con quien nos pide una, o a poner la otra mejilla en quien nos golpea en la primera. Sólo esa actitud está por encima de nuestros razonamientos y manifiesta lo que verdaderamente el Espíritu de Dios nos está suscitando. El orden que Dios pone crea nuevas razones para que todo encaje, a la vez que desbarata a los más fuertes y armados ejércitos de nuestra inteligencia que creen tener todo bajo control.

Pero también podemos encontrarnos con el enemigo contrario de esta docilidad al Espíritu, un miedo a la constancia, esperando que venga el Espíritu de Dios a sacarnos de nuestro compromiso y nos

ofrezca otro más feliz y consolador, menos sacrificado. El Espíritu Santo está acostumbrado a trabajar en lo escondido, alejado de lo espectacular y divertido, de tal forma que viene a ayudarnos para proponernos perseverar en las dificultades, para recordarnos la felicidad de estar con el Señor, cargando la cruz con Él, incluso en situaciones que no me gustan o no esperaba. Pedir a Dios su Espíritu es necesario para descubrir el tesoro de su amor en toda circunstancia, para confiar en el camino que recorreremos con Él, aunque no sea aplaudido, acompañado o agradecido.

¿Lleno de mis razones al Espíritu de Dios o aprendo a vivir en su silencio? ¿Busco la santidad del Espíritu con actitud dócil y humilde? ¿Doy posibilidad a otro o a otros de contrastar mis decisiones o las considero intocables? ¿Sé gestionar el cambio que Dios me pide en cada momento, saliendo de mi tierra a pesar de las dificultades, fiado en su palabra, como Abraham?

He aquí un elemento necesario para todos en el camino de fe para asegurar nuestra docilidad a las inspiraciones propias del Espíritu Santo: la mediación de la Iglesia que contrasta y advierte en profundidad de la intención y el origen de mis acciones y decisiones. Una actitud verdaderamente eclesial abre el corazón confiado en la voluntad de Dios, no mirando al resultado tanto como a la fidelidad del camino, a la certeza de haber seguido el proceso acertado con la certeza del camino con Dios, sea este con éxito final o sin él.

Si leemos el libro de los Hechos de los apóstoles, encontramos cómo san Lucas habla con total naturalidad de la personalidad del Espíritu Santo, que guía, dice y manda a los discípulos a evangelizar a un sitio y otro, como a Lucas con el eunuco (Hch 9) o a Pedro a Jafa (Hch 10). Hoy el Espíritu, que sigue hablando con la misma naturalidad, también nos advierte de la multitud de ruidos que pueden no ayudarnos a comprender su voz. En la Iglesia encontramos la ayuda necesaria para que no sea una moda, ni nuestro sentimiento, ni la presión de otros, ni mi propia comodidad, ni un beneficio inmediato, el ruido que distorsione el mensaje del Espíritu. También los discípulos sienten la tentación de acomodar el mensaje a sus ideas o a sus actos, y, como a Pedro le pasa, tienen necesidad de ser corregidos, como hace Pablo (Gal 2,11s.). ¡También nosotros debemos ser siempre cuidadosos para que nuestra docilidad sea una verdadera muestra de veneración a Dios, de amor al Espíritu y de obediencia a su persona!

¿Con quién contraste mis mociones o decisiones? ¿Soy honesto en mi exposición o inclino ligeramente la balanza cuando me expreso? ¿Descubro la libertad de confiarse al Espíritu de Dios y le agradezco sus silencios tanto como sus mociones? ¿Cuál es mi relación con la Palabra de Dios como para esperar que por ella Dios me suscite un camino para seguirle? ¿Agradezco a la AC su empeño en mostrarme la Palabra de Dios cada curso como método de conversión y escucha?

Para poder hacer todo esto bien, fijémonos en el modelo que para la Iglesia es la Virgen María en la anunciación (Lc 1,26s). En ella rebosa la gracia de Dios porque ha sabido acoger la propuesta del Señor, más incomprensible que racional, más ambiciosa que sus propias ambiciones. En María se cumple de forma eminente que quien confía en el Señor no queda defraudado, descubre un camino nuevo de serle fiel, y recibe una riqueza fuera del alcance humano. Y esto, desde una perspectiva eclesial, tiene una consecuencia enorme: por la docilidad de María, lo que hay a su alrededor, los que están con ella, son también sujetos que experimentan la acción de Dios, que reconocen la actividad santificadora de Dios en ella. Así lo reconocen Isabel y el Bautista, en la visitación.

Pero también podemos ver en María cómo su disponibilidad a realizar la voluntad de Dios, de forma sencilla y confiada, se ensancha y alcanza todo lo concreto de la vida, tiene consecuencias sorprendentes en el ámbito familiar, en el social, en el religioso. Esto sucede también en nuestra vida porque esta es la dinámica propia de la acción de Dios, que abandona lo espectacular y apabullante para mostrarme sutilmente en la vida cotidiana a partir de la disponibilidad y escucha del creyente: nuestra familia, nuestros amigos, nuestros compañeros de trabajo, se verán afectados por nuestra disponibilidad evangélica, y, si son sensibles, reconocerán en nosotros una fuerza sorprendente, una confianza intemporal, una certeza dócil, que son la mejor carta de presentación del evangelio. No hay devoción mariana más característica que esta: querer imitar su escucha de la Palabra y su apertura a la acción de Dios, por la que no sólo ella, sino el mundo entero, será, misteriosamente, santificado.

¿Veo en María el vacío de su propia voluntad para acoger la voluntad de Dios? ¿En qué ámbitos de mi vida he de aprender a hacer igual porque domino demasiado? ¿Hago examen de conciencia sobre mis decisiones y su repercusión en los demás? ¿Encomiendo al cuidado de María mis decisiones?